

al mundo, que «la lengua fué siempre compañera de los imperios». Y lo dijo en ocasión del nacimiento del Imperio español y de la codificación que él, el primero, realizaba de la gramática castellana. Esta frase de tan histórico sentido, de tanta hondura y exactitud, no la hubiera podido escribir el gramático si no hubiera habido un momento, el de Alfonso X, en el cual la lengua fué lanzada oficialmente a realizar camino, a curtirse, perfilarse y tomar cuerpo. Ya en tiempos de Fernando III el romance había ascendido los peldaños de la curia, pero el latín continuaba reteniendo el prestigio de las leyes y las reales disposiciones. Fué Alfonso el que —como si tuviera la conciencia de la camaradería de la Lengua y el Imperio— construye en lengua castellana el monumento de *Las Partidas*, realizando, además, otro ingente servicio, no menos valioso para la causa del Imperio: el codificar por primera vez todas las leyes, ordenarlas y reunir las, con lo cual creaba la gran tradición legislativa española que —en conjuntura de Imperio— se traduciría en las *Leyes de Indias*.

Pero no solamente hizo esto Alfonso X, esto que, como dije, se suele refugiar en los capítulos escolares destinados al movimiento cultural, sin vincularse con la marcha y engrandecimiento político de los pueblos. Hizo algo que tiene —aparte de su gran significado en el orden de la cultura— una trascendencia que pocas veces se ha entrevisto en su verdadera dimensión: me refiero a los *Libros del Saber de Astronomía*. Pero, para llegar a ellos, preciso es que volvamos un poco atrás. En Toledo existía ya una tradición cultural sólida desde los tiempos de don Raimundo, tradición que Alfonso X renovó con la creación de la *Escuela de Traductores*, a los que dió —por primera vez en la historia de la cultura— un edificio especial, tal como hoy se hace. Este edificio fué el castillo de San Servando. Esta *Escuela* fué en sí ya una manifestación de imperialismo cultural, puesto que *sometió* a la ciencia hebrea y musulmana a la traducción al romance, incorporando así, para la fabrica-

ción de la cultura europea, todo lo que poseían estos mundos, hostiles e ignorados de los cristianos.

Sobre esto, y es a lo que íbamos a parar, sus *Libros de Saber de Astronomía*, de texto en las Universidades hasta el siglo XVI, son la primera piedra de las gestas hispanas por las rutas del mar. Sabido es que sin mirar al cielo, mal se orienta el marino en la redondez de horizontes del océano. Alfonso X enseñó a los marinos a conocer el cielo y marca por ello el primer jalón de ese magisterio español en las ciencias náuticas, que han permitido decir, con frase feliz, que «el mundo aprendió a navegar en libros españoles»...

El reino castellano.

De débil suele tildarse a Alfonso en los juicios tópicos que sobre él se emiten, copiados los unos de los otros. Más que *débil* deberíamos llamarlo *desgraciado*, desafortunado en la gestión de rey, que hubo de desarrollar en un reino turbulento, a raíz de una serie de campañas que habían habituado a los nobles al empleo inmoderado de las armas. Todo lo que pueda decirse del individualismo, afán de predominio y mando de los nobles medievales de cualquier siglo del milenio, todo se puede aplicar sin error al tiempo en que le tocó reinar a Alfonso X. Hasta tal punto, que su propio hijo, el infante don Sancho, se permitió levantarse como rey, pese a los mejores derechos de sus sobrinos, los hijos del difunto don Fernando de la Cerda, que era el primogénito.

Esta incapacidad —no de él, sino de la materia para ser gobernada— de dominio sobre su reino que tuvo Alfonso X es, en cierto modo, también un signo imperial. ¿Cómo? Parece paradoja el enunciado, pero no hay afán de originalidad en ello. Toda labor imperial es una tensión centrífuga, hacia la periferia, exterior, a veces con detrimento de lo interno (por ello precisamente, por ejemplo, España tiene en el si-